

Invitación a Filosofar

Luis Armando Aguilar Sahagún

Por lo general, se piensa que el hecho de filosofar, de reflexionar sobre la última razón y sentido de la realidad en su conjunto, quizá sea interesante, y hasta apasionante, pero no sirve para nada y, más aún, impide enfocarse en lo que nos interesa en la vida cotidiana. Nuestro mundo actual piensa así. Es un mundo que amenaza con el totalitarismo de lo funcional, del trabajo, del rendimiento; está dominado por el poder dictatorial de los planes, las estrategias, la prepotencia de la eficiencia, la absolutización de lo útil. Si sólo interesa el alimento, la diversión o los resultados, todo conocimiento inútil sólo merece el desprecio, ¿de qué trata todo? (*What is it all about?*) fue la pregunta que formuló Alfred North Whitehead, uno de los fundadores de la moderna lógica matemática y gran filósofo de la ciencia y la religión, en un simposio público organizado por la Universidad de Harvard para celebrar sus 75 años.

El hombre no se halla en disposición de filosofar, no tiene ganas de preguntarse por la razón y significado más profundo de las cosas. ¿Qué pensar del mundo en su conjunto? No es una pregunta que uno se haga cuando está empeñado en construir una casa, en llevar adelante un negocio, en someterse a un examen médico. En la medida en que nuestra atención está acaparada por una finalidad práctica, no se nos ocurre filosofar. Uno está en “lo que se necesita” y nada más.

Preguntar filosóficamente es un proceso existencial que se desarrolla dentro de la persona, un acto espontáneo, acuciante, que no se puede hacer a un lado. Lo más probable es que sea necesaria una **connoción**, un shok para que se ponga siquiera en movimiento la pregunta. El pasmo de existir, el pasmo de un acontecimiento, de un fenómeno natural, de la hondura de un sentimiento. Existe la historia del asombro. Toda la historia de la filosofía se puede leer, como lo ha hecho la filósofa Jean Hersch, bajo esa clave. Un filósofo es en este sentido un hombre que ha puesto atención suficiente a aquello que lo asombra, poniendo en marcha el esfuerzo por descifrarlo y, de este modo, encontrar qué es, por qué es, es decir, por encontrar su sentido.

Según Aristóteles **la sabiduría** está reservada a los dioses, de ahí que los hombres estén privados de ella, al menos en su forma pura. Con todo, el hombre es atraído por la sabiduría que lo rebasa. Es por eso que la busca o se esfuerza por ella. De la atracción nace su amor por ella y es así como se convierte en su amigo. Su amor lo impulsa hacia ella sin descanso. El hombre toca la sabiduría sólo desde cierta distancia, si bien, invitado por ella, puede alcanzar algo de ella y, a pesar de que el exceso de lo mucho lo ensordece, nunca queda satisfecho.

Filosofía significa reflexionar sobre la totalidad de lo que nos aparece, con vistas a su **última razón y significado**. Se trata de un empeño del que no se puede dispensar cualquier persona que piensa. El fin de la filosofía es conocer la realidad, el ser, y siguiendo este movimiento, elevarse hasta Dios. Con mucho esfuerzo, por lo demás, podrá llegar a captar su existencia, a conocer algo de Él, pero no lo alcanza propiamente. Podrá dirigir su mirada hacia el misterio sagrado que supera todo conocimiento, pero no puede, a mi entender, llevarnos hasta él. En este punto, la filosofía puede expresar la esperanza en que el misterio

incomprensible al que llamamos Dios sea una realidad amistosa, absolutamente *indeducible*. También puede ser la expresión de una actitud de apertura y de espera muda.

El destino de la filosofía se juega en el terreno de **la verdad**, indisolublemente ligado a la búsqueda del entendimiento en orden a esclarecer racionalmente el misterio del mundo y del hombre, con vistas a lograr un saber verdadero, que es el único que puede ayudar a vivir y a juzgar rectamente. Dada su limitación el hombre no ha crecido a la posesión completa de la sabiduría. Lo propio del hombre es el anhelo que lo impulsa durante toda su vida y que constituye su más profunda fuerza motriz. En este sentido puede decirse que el hombre es un ser excéntrico; se ubica fuera del centro y toda su vida consiste en estar buscando; él no es el último fundamento, pero se esfuerza hacia él.

El amor forma parte constitutiva del filosofar. Es el acto con el que se alcanza y se desarrolla la filosofía como contenido. El contenido del que hablamos es lo que es primero en sí mismo, y al que no podemos acceder de forma inmediata. De algún modo somos tocados por lo que es en sí a él y sólo en él podemos encontrar nuestra plenitud nuestra paz verdadera. Lo primero en sí es **el fundamento** más profundo de todo. Para nosotros es lo último debido a que sólo accedemos a él a través de la mediación del mundo visible, en la medida en que éste nos revela su último fundamento. En esto consiste el amor a la filosofía. La sabiduría nunca será posesión humana, y el amor será esfuerzo.

¿Basta con el apetito de sabiduría? ¿Es el amor sólo el motor? ¿Cabe plantear la alternativa entre **la búsqueda y la posesión de la verdad**? Hay quien lo considera así. “Si me dieran a elegir entre la búsqueda y la posesión de la verdad elegiría la búsqueda”. ¿El esfuerzo por la sabiduría no aspira al amor? ¿Encuentra la sabiduría su realización plena en el saber? Parece más coherente pensar que el amor tiene que ver con la sabiduría misma, que la toca en su más profunda esencia y así constituye su posesión. La filosofía sería en cierta forma un saber amoroso. El amor como impulso se sigue del amor como posesión, como un estar en camino. Un “no poder detenerse”.

Las preguntas de la filosofía son apremiantes. Hay “un cuestionario básico del hombre” que no ha sido derogado por ninguna época ni moda: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su razón de ser y su destino? ¿Qué es el bien y qué es el mal? ¿Cuál es el sentido de la muerte y del sufrimiento? ¿En qué consiste el sentido de la vida? Decía Martin Heidegger que filosofar es “poder comenzar”. El hombre está muerto cuando es incapaz de comenzar nada. Está adormecido cuando ya no tiene iniciativa, cuando basta con hacer “lo que se hace”, pensar “lo que se piensa”, vivir “como se vive”, sin hacerse cargo de forma personal del modo en que queremos actuar, pensar, vivir, no movidos por el capricho o un afán de autonomía a toda costa, sino por el impulso que la realidad en que vivimos siembra en nosotros, en nuestras mentes, en nuestro sentir sus desajustes, sus males, sus formas de apariencia y de múltiples enmascaramientos, falsedades, respuestas rápidas.

El filósofo no tiene derecho a desolidarizarse de sus prójimos. La filosofía sólo puede desarrollarse y definirse **bajo el signo de la fraternidad**. En un mundo individualizado, sin alternativas aparentes, la crítica tendrá que ir acompañada de propuestas de esbozos de modos de vida alternativa, por testimonios creíbles.

El amor es la suprema aspiración del ser humano. Es frágil y, a su vez, “fuerte como la muerte”. Aspiramos a una plenitud de amor. La experiencia nos muestra que el amor se construye día con día. El amor es, a su vez, llegar a ser y perfección. El amigo de la sabiduría es poseído por el deseo de ese saber amoroso. Como un llegar a ser, el amor tiene

su origen en el amor como perfección o como ser, y por eso sólo este amor puede ser caracterizado como amor en el sentido pleno y en lo más íntimo de su ser es infinito.

Amor y saber no son, en el fondo, dos actos separados, sino dos aspectos de un mismo acto.

El saber nunca es total sin amor, ni el amor sin el saber. Todo saber contiene un amor correspondiente. Quien se embarca en el camino de la filosofía irá descubriendo la fuerza de su amor y poniéndolo a prueba. Eventualmente podrá ser capturado por el atisbo del fundamento último de las cosas, que se le muestra. Podrá saborearlo con alegría, para pronto constatar que se le escapa de nuevo. Importante será que el gusto se despierte, que no se apague por saberes o pseudo-saberes, por ideas huecas y razonamientos estériles. La alegría lo moverá a “no detenerse” hasta alcanzar al amor. O tal vez, hasta saberse alcanzados por él.

Andar los caminos de la filosofía es aceptar que el asombro se apodere de nosotros y mantenerlo vivo, ayudando a los demás a descubrir y ser guardianes de su propio asombro. Ese será como el caldo de cultivo para buscar, junto con otros, los caminos adecuados para nombrarlo y pensarlo, para descubrir hacia dónde apuntan las preguntas que en él se suscitan.

El cristiano que filosofa podrá aprender de los asombros de Jesús: le bastó una moneda perdida, caída de canto, tal vez, entre las losas del suelo, para presentar el proyecto de Dios; le bastó una gallina cuidando a sus pollitos para hablar de cómo es el misterio del Dios providente; le maravilló la fe de los paganos como no lo logró la poca fe de sus hermanos judíos; le maravilló el mar, los peces, y en cada ser contemplaba una presencia, un objeto de cuidado amoroso. Le maravilló el hombre y la mujer, los niños y las ancianas. Ese es el “Cristo filósofo” que ciertamente no filosofó. Su vida y su mensaje son lo más asombroso, lo más luminoso y lo más amable que el hombre puede descubrir. La fe en él nos obliga hoy a filosofar.